

JUBILEO DE LOS DEPORTISTAS

DISCURSO DE JUAN PABLO II A LOS PARTICIPANTES EN EL CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE EL DEPORTE

Roma, sábado 28 de octubre 2000

Amables señoras y señores:

1. Con mucho gusto intervengo en vuestro Congreso internacional sobre el significativo tema: "En el tiempo del jubileo: el rostro y el alma del deporte". En espera de encontrarme mañana, en el estadio Olímpico, con todo el mundo del deporte que celebra su jubileo, hoy tengo la grata ocasión de saludaros a vosotros que, por diversos motivos, sois representantes cualificados del deporte.

Saludo a los promotores de este encuentro, en especial al presidente del Comité olímpico internacional, señor Juan Antonio Samaranch, y al presidente del Comité olímpico italiano, señor Giovanni Petrucci, y extendiendo mi saludo a los diferentes relatores y representantes de múltiples entidades deportivas del mundo. Doy las gracias, en particular, a monseñor Crescenzo Sepe, que se ha hecho intérprete de vuestros sentimientos comunes, ilustrando el significado de este encuentro.

El tema que habéis elegido para vuestra reflexión centra la atención en la naturaleza y en los fines de la práctica deportiva en nuestro tiempo, que se caracteriza por múltiples e importantes cambios sociales. El deporte es seguramente uno de los fenómenos importantes que, con un lenguaje comprensible a todos, puede comunicar valores muy profundos. Puede ser vehículo de elevados ideales humanos y espirituales cuando se practica con pleno respeto de las reglas; pero no alcanza su auténtico objetivo cuando da cabida a otros intereses que ignoran la centralidad de la persona humana.

2. El tema habla de "rostro" y de "alma" del deporte. En efecto, la actividad deportiva, además de destacar las ricas posibilidades físicas del hombre, también pone de relieve sus capacidades intelectuales y espirituales. No es mera potencia física y eficiencia muscular; también tiene un alma y debe mostrar su rostro integral. Por eso el verdadero atleta no debe dejarse arrastrar por la obsesión de la perfección física, ni ha de dejarse subyugar por las duras leyes de la producción y del consumo, o por consideraciones puramente utilitaristas y hedonistas.

Las potencialidades del fenómeno deportivo lo convierten en instrumento significativo para el desarrollo global de la persona y en factor utilísimo para la construcción de una sociedad más a la medida del hombre. El sentido de fraternidad, la magnanimidad, la honradez y el respeto del cuerpo -virtudes indudablemente indispensables para todo buen atleta-, contribuyen a la construcción de una sociedad civil donde el antagonismo cede su lugar al agonismo, el enfrentamiento al encuentro, y la contraposición rencorosa a la confrontación leal. Entendido de este modo, el deporte no es un fin, sino un medio; puede transformarse en vehículo de civilización y de genuina diversión, estimulando a la persona a dar lo mejor de sí y a evitar lo que puede ser peligroso o gravemente perjudicial para sí misma o para los demás.

3. Por desgracia, son muchos, y cada vez se van haciendo más evidentes, los signos de malestar que a veces ponen en tela de juicio los mismos valores éticos en los que se funda la práctica deportiva. En efecto, junto a un deporte que ayuda a la persona, hay otro que la perjudica; junto a un deporte que exalta el cuerpo, hay otro que lo mortifica y lo traiciona; junto a un deporte que persigue ideales nobles, hay otro que busca sólo el lucro; junto a un deporte que une, hay otro que separa.

Queridos responsables, directivos, aficionados al deporte y atletas, ojalá que este jubileo del deporte os infunda un nuevo impulso de creatividad y de superación, mediante una práctica deportiva que sepa conciliar, con espíritu constructivo, las complejas exigencias planteadas por los actuales cambios culturales y sociales con las exigencias inmutables del ser humano.

4. Permitidme una reflexión más. El deporte, a la vez que favorece el vigor físico y temple el carácter, no debe apartar jamás de los deberes espirituales a cuantos lo practican y aprecian. Según palabras de san Pablo, sería como si uno corriera sólo "por una corona que se marchita", olvidando que los cristianos nunca pueden perder de vista "la que no se marchita" (cf. *1 Co* 9, 25). La dimensión espiritual debe cultivarse y armonizarse con las diversas actividades de distracción, entre las cuales se incluye también el deporte.

A causa del ritmo de la sociedad moderna y de algunas actividades deportivas, el cristiano podría olvidar a veces la necesidad de participar en la asamblea litúrgica del día del Señor. Pero las exigencias de un descanso justo y merecido no pueden hacer que el fiel incumpla su obligación de santificar las fiestas. Por el contrario, en el día del Señor la actividad deportiva ha de insertarse en un ambiente de serena distensión, que favorezca el encuentro y el crecimiento en la comunión, especialmente familiar.

Expreso de corazón mis mejores deseos de éxito para vuestro encuentro y, al mismo tiempo que invoco sobre vosotros la protección de María, os aseguro mi recuerdo en la oración a todos, y de buen grado os bendigo.

Roma, sábado 28 de octubre 2000

JUAN PABLO PP. II